

Jacob vestido de las vestiduras de su hermano mayor alcanzó la bendición de su Padre. Vistámonos nosotros de Jesucristo nuestro hermano mayor, cubrámonos con las pieles de este Cordero sin mancha, valgámonos de sus méritos y pasión, y de esta manera alcanzaremos la bendición del Padre eterno.

CAPÍTULO II.

Cuán provechosa y agradable sea á Dios la meditacion de la pasión de Cristo nuestro Redentor.

El bienaventurado san Agustín, serm. 32 ad fratres in eremo, dice: *Nihil tam salutiferum nobis est, quam quotidie cogitare quanta pro nobis pertulit Deus, et homo*: No hay cosa que tan saludable y provechosa nos sea como pensar y considerar cada día lo que padeció por nosotros el Hijo de Dios. Y san Bernardo, serm. 62 sup. Cant., dice: No hay cosa tan eficaz para curar las llagas de nuestra conciencia, y purgar y perficionar nuestra alma, como la frecuente y continua meditacion de las llagas de Cristo, y de su muerte y pasión: *Quid enim tam efficacax ad curanda conscientiae vulnera, nec non ad purgandam mentis aciem, quam Christi vulnerum sedula meditatio?* Y para todas las tentaciones, y especialmente contra las deshonestas, dicen los Santos que es singularísimo remedio

el acogernos á pensar en la pasión de Cristo, y escondernos en sus llagas. Finalmente, para todo hallaremos remedio y ayuda en la pasión de Cristo: *In omnibus non invenit tam efficacax remedium, quam vulnera Christi*, dice san Agustín, in Manual. c. 32. En ninguna cosa hallé tan eficaz remedio como en esto. Y san Buenaventura, collat. 7, dice: *Qui se attente, et devote in sanctissima vita, et passione Domini exercet, et omnia utilia et necessaria sibi abundanter ibi invenit, nec opus est ut extra Jesum aliquid querat*: El que se ejercita con devoción en la vida y pasión santísima del Señor, allí halla abundantemente todo lo que ha menester, y fuera de Jesús no hay que buscar. Y así vemos que los Santos y siervos de Dios han usado muy continuamente este ejercicio, y por este medio vinieron á alcanzar grande santidad y perfeccion.

Aunque no hubiese en este ejercicio otra cosa sino acordarnos de Dios, y traer á la memoria los beneficios que de su mano habemos recibido, y estar pensando en ellos, seria de mucha estima y valor delante del Señor; porque condicion es del amor hacer al que ama que desee y estime en mucho que la persona en quien tiene puesto su amor se acuerde mucho de él, y piense muy á menudo en las buenas obras que de él ha recibido, y que muchas veces trate y hable de estas cosas; y el que de veras ama, se agrada y gusta de ello mucho

mas que si la persona amada le enviase muchos presentes y dones de su hacienda. Lo cual vemos en una madre, señora principal y rica, que ama mucho á su hijo ausente, que si le dicen que el hijo se acuerda y trata mucho de ella, y que siempre le hallan hablando de los regalos con que le criaba, y de los beneficios y buenas obras que siempre le ha hecho, y de los trabajos que por él ha padecido, mas lo aprecia, y mas contento y gusto recibe en oír esto de su hijo, que si le enviase muchas piezas de seda y joyas de oro, sin tener memoria de ella.

Pues de la misma manera Dios nuestro Señor, que en todas las demás cosas guardó las propiedades y leyes del amor, tambien las guarda en esto, que es propiedad de los que mucho aman; y así desea y estima en mucho que siempre nos acordemos de él, y pensemos en él, y en los beneficios y maravillas que por nosotros ha obrado. Especialmente, que si nos ejercitamos mucho en la memoria de estos beneficios no se pasará mucho tiempo sin que se despierte en nosotros el deseo de servir de veras al Señor por ellos.

Blosio, c. 2 Mon. spiritual., refiere de la santa vírgen Gertrudis, que entendió del Señor que cuantas veces uno mira con devoción la imágen de Jesucristo crucificado, tantas es mirado amorosamente de la benignísima misericordia de Dios. Pues saquemos si-

quiera de aquí, que pues á él no se le hizo de mal el padecer por nuestro amor, que no se nos haga á nosotros de mal el acordarnos de lo que padeció por nosotros. De san Francisco, 6 part., lib. 1, c. 86 de su Crónica, se cuenta, que una vez andando él junto á Nuestra Señora de Porciúncula, llorando y lamentándose en altas voces, acertó á pasar por allí un hombre honrado, siervo de Dios que le conocia, el cual viendo al Santo tan triste y lloroso, pensando haberle sucedido alguna desgracia y trabajo, se llegó á él, y le preguntó qué tenia, ó qué le daba pena. Respondió el Santo con muchas lágrimas y sollozos: Duélome mucho, y lloro por los grandes tormentos y penas que dieron á mi Señor Jesucristo tan sin culpa, y de ver cuán olvidados estamos los hombres de tan sumo beneficio, habiendo nosotros sido la causa de su pasión.

CAPÍTULO III.

Del modo que habemos de tener en meditar la pasión de Cristo nuestro Redentor, y del afecto de compasión que habemos de sacar de ella.

El modo que habemos de tener en la meditacion de la pasión de Cristo nuestro Redentor es el que los maestros de la vida espiritual enseñan comunmente que habemos de tener en la oracion. En el cual advierten que no se nos ha

de ir todo en meditar y discurrir por la historia, sino que lo principal ha de ser mover nuestra voluntad con afectos y deseos, los cuales se forman primero en el corazón para que después á su tiempo salgan en obra; y eso ha de ser en lo que habemos de insistir y detenernos mas en la oración. Así como el que cava y ahonda para sacar agua ó para descubrir algun tesoro, en topando con lo que busca para, y no da mas azadonada; así en descubriendo con la meditación y consideración del entendimiento el oro y tesoro de la verdad y afecto que buscáis, en topando con el agua viva de que está deseosa y sedienta vuestra ánima, no habeis de cavar ni ahondar mas con el entendimiento, sino deteneros en esos afectos y deseos de la voluntad hasta hartaros de esa agua, y matar vuestra sed, y quedar satisfecho: porque ese es el fin que se pretende en la oración, y el fruto que habemos de sacar de ella; y á eso se han de ordenar y enderezar todas las meditaciones, y consideraciones y discursos del entendimiento. Pues este mismo modo habemos de guardar en la meditación de la pasión de Cristo nuestro Redentor. Y así irémos diciendo los afectos que habemos de sacar de esta meditación, y en qué habemos de insistir, apuntando juntamente algunas consideraciones que nos despierten á ellos.

Muchos son los afectos en que podemos aquí ocuparnos y dete-

neros con mucho fruto; pero comunmente los reducen los que trapan de esto á siete géneros ó maneras de afectos. El primero es compasión. Compadecerse uno de esto es recibir pena de su pena y dolor de su dolor, acompañándole en sus trabajos con sentimiento y lágrimas de corazón, con lo cual parece que se reparte el trabajo y dolor entre ambos, y con el que yo tomo compadeciéndome, queda el otro mas aliviado, y con menor dolor y aflicción: como, por el contrario, cuando uno muestra holgarse de su mal y trabajo, y se rie y hace burla de él, hace que su trabajo y dolor sea mayor, y que lo sienta mas. Y aunque es verdad que no podemos nosotros de esta manera hacer que los dolores y trabajos de Cristo nuestro Redentor le sean mas ligeros, porque ya son pasados; pero con todo eso le es á él muy agradable esta nuestra compasión, porque por ella en cierta manera hacemos nuestros sus dolores y trabajos. Y así dice el apóstol san Pablo, ad Rom. viii, v. 17: *Si autem filii, et hæredes, hæredes quidem Dei, co-hæredes autem Christi: si tamen compatimur, ut et conglorificemur:* Si tomamos y traspasamos en nosotros los dolores de Cristo, compadeciéndonos de ellos, serémos herederos de la gloria juntamente con él.

Para despertar en nosotros este afecto de compasión nos ayudará considerar la grandeza de los dolo-

res, penas y tormentos que Cristo nuestro Redentor padeció; porque, como dicen los teólogos y los Santos, fueron los mayores que se han padecido y se pueden padecer en esta vida, conforme á aquello del profeta Jeremías: *O vos omnes, qui transitis per viam, attendite, et videte, si est dolor similis, sicut dolor meus.* Thren. i, v. 12. Lo primero, en su cuerpo no hubo parte que no padeciese gravísimos dolores y tormentos: *A planta pedis usque ad verticem non est in eo sanitas,* dice Isaías, i, v. 6. Los piés y las manos enclavadas, la cabeza traspasada con la corona de espinas, el rostro afeado con salivas y herido con bofetadas, todo el cuerpo acardenalado con azotes y descoyuntado con el tormento de la cruz: *Diminuerunt omnia ossa mea.* Psalm. xxi, v. 18.

Y no solamente fue su dolor en el cuerpo, sino tambien en el ánima; porque aunque la naturaleza humana estaba unida con la persona divina, empero así sintió la acerbidad de la pasión, como si no hubiera aquella unión. Añádese á esto que para que este dolor fuese mayor, quiso él carecer de todo consuelo. Y eso es lo que dijo estando en la cruz: *Deus meus, Deus meus, ut quid dereliquisti me?* Matth. xxvii, v. 46. Los santos Mártires en sus tormentos eran recreados con un consuelo celestial y divino que les hacia sufrirlos, no solo con ánimo, sino con alegría; y Cristo nuestro Redentor

para padecer mas por nuestro amor cerró las puertas por todas partes á todo género de alivio y consolación, así del cielo como de la tierra, cuanto á la porción inferior, y así fue desamparado, no solo de sus amigos y discípulos, sino tambien de su Padre: *Factus sum sicut homo sine adjutorio inter mortuos liber.* Psalm. lxxxvii, v. 5. Fuí hecho como hombre sin favor y ayuda, siendo yo solo el que entre los muertos estaba libre del pecado y de merecer muerte y pena.

Basta para entender la grandeza de los dolores de Cristo que, de solo imaginarlos y pensar en ellos, sudó en el huerto sudor de sangre con tanta copia y abundancia, que corría en tierra. Pues ¿qué sería el padecerlos, si solo el pensarlos causó tanta pena y agonía en él? Finalmente, fueron tales y tan rigurosos sus trabajos y dolores, que dicen los Santos que ninguno pudiera vivir con ellos sin milagro que le conservase la vida; y así fue necesario valerse Cristo de su divinidad para no morir en ellos; pero lo que la divinidad allí obraba no era no sentir los trabajos, sino que el excesivo dolor y sentimiento no le acabase la vida, para así poder padecer mas: donde podemos considerar y ponderar la misericordia y liberalidad del Señor, que para que los santos Mártires no sintiesen los tormentos hacia milagros, y en sí los hace para padecer y sentirlos mas por nuestro amor.

Fuera de estos dolores exteriores, que atormentando su cuerpo atormentaban juntamente su ánima, como habemos dicho, tuvo Cristo nuestro Redentor otros dolores interiores, que inmediatamente atormentaban su alma santísima, que fueron mucho mayores que esos otros; porque desde el instante de su concepción hasta el punto en que murió tuvo siempre presentes todos los pecados de los hombres, hechos desde el principio del mundo, y todos los que se habían de hacer hasta el fin de él; y como por una parte amaba tanto á Dios, y veía que eran injurias y ofensas tuyas, y por otra parte amaba tanto las almas, y veía que eran en daño y perdición de ellas, y que con ofrecer él su pasión y muerte para su remedio, con todo eso tanta infinidad de almas no se habían de querer aprovechar de ella, sino que habían de querer más la muerte que la vida; érale esto una espada de dos filos que le hería por ambas partes: la una por la ofensa de Dios, y la otra por el daño y condenación de las almas. Y así no se pueden decir ni pensar los dolores incomparables que de esto recibía aquella ánima santísima. Pues todo esto, junto con los tormentos, dolores y afrentas que, representándosele en la oración del huerto, le hicieron sudar sangre en tanta abundancia, que corría en tierra, y todo lo demás que en su vida santísima padeció, tuvo siempre delante de sus ojos, desde el instante

de su concepción hasta que espiró en la cruz, conforme á aquello del Profeta, Psalm. xxxvii, v. 18: *Et dolor meus in conspectu meo semper*. De donde podemos entender que toda su vida fue como el día de su pasión. Y aun á veces suele dar mayor pena y tormento el estar esperando la adversidad y trabajo, que el padecerlo. De manera que toda su vida fue un mar de inmensos dolores, que sin cesar de noche y de día sin medida atormentaban aquella alma sacratísima.

Pues quien por menudo considerar y ponderar todas estas cosas, y que el que las padece es el mismo Hijo de Dios, y que las padece por nosotros y por puro amor nuestro, corazón más que de piedra ha de tener, si no se mueve á compasión. Y así dice san Bernardo (1): Pues la tierra tiembla, y las piedras se quiebran, y los monumentos se abren, y el velo del templo se rompe, y el sol y la luna se oscurecen; razón será que nosotros compadezcamos de lo que el Señor padeció por nosotros. No es razón que seamos más duros que las piedras, y más insensibles que las criaturas iracionales: pártase nos el corazón de dolor, y rómpanse las entrañas: *Filium Absalom, Absalom fili mi, quis mihi tribuat, ut ego moriar pro te, Absalom fili mi, fili mi Absalom!* Hijo mío Absalon, Absalon hijo mío, ¡quién me diese que yo muriese por tí! Si esto de-

(1) Bernard. serm. Feriæ 4 hebdomadæ Sanctæ; Matth. xxvii, 34, 51.

cia el rey David, II *Regum*, xviii, v. 33, sintiendo la muerte del hijo que murió por perseguirle y quitarle el reino; ¿cuánto mayor razón será que lo digamos nosotros sintiendo la muerte del Hijo de Dios, que murió por librarnos del cautiverio del demonio y darnos el reino de su Padre eterno?

CAPÍTULO IV.

Del afecto del dolor y contrición de nuestros pecados que habemos de sacar de la meditación de la pasión de Cristo nuestro Señor.

El segundo afecto en que nos habemos de ejercitar y procurar sacar de la meditación de la pasión del Señor es dolor y contrición de nuestros pecados. Este es uno de los frutos más propios que podemos sacar de ella, por descubrirnos en ella tanto la gravedad y malicia del pecado: la consideración del remedio nos ha de abrir los ojos, y hacer que echemos de ver la gravedad de la enfermedad. Dice san Bernardo, serm. 3 de Nativitate: *Agnosce, ó homo, quam gravia sunt vulnera, pro quibus necesse est Dominum Christum vulnerari!* ¡Oh hombre, conoce y entiende cuán grande es la llaga que tuvo necesidad de tan costosa medicina! No hay cosa que tanto declare la gravedad del pecado, aunque entre en ello el infierno que se le debe para siempre jamás, como es

que es tan grande mal el pecado, que fue menester que Dios se hiciese hombre para pagar esta deuda: porque de otra manera no se pudiera pagar ni satisfacer de todo rigor de justicia, y quedara menoscabada la justicia de Dios; porque la ofensa había sido en cierta manera infinita, porque había sido contra Dios infinito, y así hombre puro no pudo satisfacer por ella, por la distancia grande que hay entre Dios y hombre puro: era menester que el que satisficiera fuese persona de infinita dignidad, igual al injuriado y ofendido, y tan bueno como él. Declaran esto los teólogos con un ejemplo. Da un pastor ó labrador, hombre común y bajo, de palos ó un bofetón al rey; claro está que no quedará el rey satisfecho con hacer dar de palos ú otro bofetón á aquel, ni aunque le haga dar doscientos azotes, ni aunque le ahorquen; porque hay mucha distancia de él al rey: ¿qué tiene que ver bofetón é injuria del rey con bofetón ó muerte de un pastor? Pues ¿cómo se podía satisfacer aquel rey? ¿Sabeis cómo? Si aquel fuera ó le hicieran rey tan grande como él, y entonces le ofreciera satisfacción igual, con eso quedara satisfecho.

Pues así es acá: había el hombre vil, y bajo y apocado, polvo y ceniza, ofendido é injuriado al Rey del cielo y de la gloria: había, como si dijésemos, dado un bofetón á Dios; porque eso hace

uno, cuanto es de su parte, cuando hace un pecado mortal: aunque muera ese hombre vil y bajo, no quedará satisfecha la injuria. Pues ¿cómo se satisfará? Si ese hombre fuera Dios, igual con el injuriado; padeciendo ese hombre quedará satisfecha la injuria. Pues ¿qué remedio? ¿Qué no hay otro Dios? No, porque no hay mas que un solo Dios verdadero. Esa fue la misericordia infinita de Dios y la invencion y artificio maravilloso que halló para poder perdonar al hombre sin menoscabo de su justicia: que habiendo sido él el ofendido, y no habiendo otro Dios que pudiese satisfacer, se hizo Dios hombre, para que así padeciese y muriese el hombre, pues el hombre habia ofendido é injuriado á Dios; y para que el padecer sea de infinito valor, pues la ofensa y culpa habia sido en cierta manera infinita, sea el que padece tambien Dios, cuyas obras son de valor infinito, porque son obras de Dios infinito. Esta fue la necesidad de la pasion de Cristo nuestro Redentor, que declara bien la gravedad y malicia del pecado; y así dice san Juan Damasceno, lib. 1, c. 1, que si por el pecado echara Dios en el infierno para siempre jamás á todos cuantos hombres ha tenido el mundo y tendrá hasta que se acabe, no quedara tan satisfecha ni tan pagada la justicia divina como encarnando Dios y muriendo. Y no es esto hipérbole ó exageracion, sino una verdad muy llana; porque todo

el infierno y sus tormentos perdurables no es paga igual á la vida y muerte de Cristo, con la cual, como era Dios el que pagaba, se hizo á la justicia entera satisfaccion de todó lo que se le debia, y aun mas; pero en el infierno jamás se acaba de pagar un solo pecado.

Pues conforme á esto digo que uno de los principales frutos que habemos de sacar de la meditacion de la pasion ha de ser llorar y aborrecer mucho nuestros pecados, que tanto costaron á Jesucristo. Estas espinas y azotes, Señor, mis pecados los causaron; yo, Señor, os puse en esos trabajos: *Ego sum qui peccavi, ego inique egi: vertatur, obsecro, manus tua contra me.* II Reg. c. XXIV, v. 17. *Tollite me, et mittite in mare, scio enim ego, quoniam propter me tempestas hæc grandis venit.* Jonæ, I, v. 12. Esa cruz, Señor, yo la merecia; yo soy el que habia de ser escupido, azotado y escarnecido.

San Bernardo, serm. 3 de Nativ. Domini, pone una consideracion muy buena á este propósito. Estábame yo jugando en la plaza con mis compañeros, y allá en la recámara real se estaba dando sentencia de muerte contra mí. Oyó esto el hijo unigénito del rey, y quitase la corona de la cabeza, y desnúdase de sus vestiduras reales, y sale vestido de un saco, cubierta la cabeza de ceniza, y los piés descalzos, llorando y lamentando, porque habia condenado á muerte á su

siervo. Véole súbitamente salir de esta manera, quedé atónito de la novedad: pregunté la causa: oí decir que va á morir por mí. ¿Qué será bien que haga en este caso? ¿Quién será tan loco ó tan descomedido, que se vuelva al juego, y no vaya siquiera acompañándole y llorando juntamente con él? Pues de esta manera, con estas ú otras semejantes consideraciones nos habemos de detener en la oracion, llorando y doliéndonos de nuestros pecados, que fueron causa de la pasion de Cristo. Y así nuestro Padre san Ignacio, lib. Exercit. spirit., en los ejercicios de la pasion, pone esto por peticion, dolor, sentimiento y confusion; porque por mis pecados padeció tanto el Señor. Y la peticion que nuestro santo Padre pone en los ejercicios por preámbulo siempre es lo que quiere que procuremos sacar de ellos.

Este ejercicio es muy encomendado de los Santos, y es razon que no nos olvidemos de él, sino que le usemos y ejercitemos mucho, así los que comienzan, como los que van adelante, porque hay grandes provechos en él. Lo primero, es un ejercicio con que se conserva uno mucho en humildad y temor de Dios. Una de las mas fuertes y eficaces consideraciones que podemos traer para andar siempre humillados y confundidos es la consideracion de los pecados y el dolor y el sentimiento de ellos. Quien ofendió á su Criador y Señor, y

mereció estar en los infiernos para siempre jamás, ¿qué deshonoras, qué injurias, qué desprecios no recibirá de buena voluntad en recompensa y satisfaccion de las ofensas que ha cometido contra la majestad de Dios? Lo segundo, es este un ejercicio que asegura mucho el perdón. Una de las cosas que mas satisfaccion puede dar á uno de que le ha Dios ya perdonado sus pecados es haberse dolido y arrepentido mucho de ellos. Si vos traeis delante de los ojos vuestros pecados, doliéndoos y confundiéndoos de ellos, no los mirará Dios, sino olvidarlos ha: por eso se acordaban tanto los Santos de sus pecados, y los traian siempre delante de sus ojos: *Quoniam iniquitatem meam ego cognosco, et peccatum meum contra me est semper; id est coram me,* Psalm. I, v. 5 et 11, decia el Profeta, para que Dios los olvidase y apartase sus ojos de ellos: *Averte faciem tuam à peccatis meis, et omnes iniquitates meas dele.* Y así lo nota san Jerónimo sobre estas palabras: *Quia si tu ponis illud ante te, Deus illud non ponit ante se.* No hay cosa que así haga apartar á Dios los ojos de nuestros pecados, como mirarlos nosotros, y confundirnos y avergonzarnos de ellos. Y así esta es una de las cosas que mas nos asegurará, y mas contento nos dará á la hora de la muerte; y por eso es menester tenerlo prevenido de atrás. Lo tercero, no solamente es remedio este para los pecados pasados, sino es una medicina muy

preservativa para no caer de ahí adelante en pecado. Porque el que anda continuamente confundiéndose y doliéndose de haber ofendido á Dios, muy léjos está de pecar de nuevo. Lo cuarto, es gran remedio para poder consolar y asegurar á uno que no consintió en las tentaciones y escrúpulos de que es molestado; porque el que se anda ejercitando en actos de contrición, aborreciendo mucho el pecado, y haciendo propósitos firmes de dar la vida antes que hacer un pecado mortal, seguro puede estar que no consintió en las tentaciones y escrúpulos que le vienen; porque no consiente uno tan fácilmente en lo que tanto aborrece. Y mas, el andar en este ejercicio es andar en un ejercicio de amor de Dios. Porque la verdadera contrición nace de amor de Dios, por haber ofendido á un Señor tan bueno y tan digno de ser amado y servido; y así, cuanto uno mas conoce y ama á Dios, tanto mas le pesa de haberle ofendido.

Del glorioso apóstol san Pedro cuenta san Clemente, lib. 2 Recognitionum, que acordándose que habia negado á Cristo, lloraba tanto, que las lágrimas le quemaban el rostro, y tenían hechas canales en sus mejillas. Y dice que al primer canto del gallo se levantaba cada noche á oración, y que no dormia mas en toda la noche, y que por toda su vida guardó esta costumbre. Pues eso es lo que nosotros habemos de imitar. Y uno de los mas provecho-

sos ejercicios que uno puede tener en la oración y fuera de ella es ejercitarse en actos de contrición, aborreciendo mucho al pecado, y haciendo propósitos firmes de dar la vida, y mil vidas, antes que hacer un pecado mortal, y pidiendo con mucha instancia al Señor, que antes le lleve, que tal permita: *Ne permittas me separari à te*: No permitas, Señor, que me aparte jamás de Vos. ¿Para qué quiero yo, Señor, la vida, sino para servirlos? Si no ostengo de servir, no la quiero: llevadme, Señor, antes que os ofenda.

CAPÍTULO V.

Del afecto del amor de Dios.

El tercero afecto en que nos habemos de ejercitar y sacar de la meditación de los misterios de la pasión es amor de Dios. No hay cosa que mas mueva á uno á amar que verse amado, ni hay grillos ni cadenas que así le aten de piés y manos: pues considerando el alma, y ponderando muy de espacio y con atención el sumo amor de Cristo que aquí tanto resplandece, se ha de ir inflamando y encendiendo en amor de quien tanto le amó. Dice el apóstol y evangelista san Juan: *In hoc apparuit charitas Dei in nobis, quoniam Filium suum unigenitum misit Deus in mundum, ut vivamus per eum*. I Joan. iv, v. 9. En esto se manifestó el amor grande de Dios para con nosotros, que envió á su

unigénito Hijo al mundo, para que con su muerte vivamos. Y el evangelista san Lucas, ix, v. 30, por ser tan grande este amor, le llama exceso de amor. Cuando se transfiguró el Señor delante de sus tres discípulos, dice que aparecieron allí Elías y Moisés, y que hablaban del exceso que habia de cumplir en Jerusalem, que era de la pasión y muerte: *Et loquebantur cum illo, et dicebant excessum ejus, quem completurus erat in Jerusalem*. Con mucha razón le llamó exceso de amor; lo uno, porque murió por sus enemigos. Grande amor es el que llega á dar la vida por los amigos, tanto, que dice el Salvador del mundo que es el mayor amor que uno les puede mostrar: *Majorem hac dilectionem nemo habet, ut animam suam ponat quis pro amicis suis*. Joan. xv, v. 13. Pues á mas que eso llegó el amor del Hijo de Dios, porque llegó á darla por sus enemigos. Y así dice el apóstol san Pablo que en eso nos descubrió Dios mucho su amor. *Commendat autem charitatem suam Deus in nobis, quoniam cum adhuc peccatores essemus, Christus pro nobis mortuus est*. Ad Rom. v, v. 8.

Lo segundo, llámase exceso de amor, porque una sola gota de sangre de las que derramó en su circuncisión, y de su sudor en el huerto, y la menor obra que hiciera para redimirnos, bastaba y era justísima satisfacción de todo rigor de justicia por todo el mundo, y por mil mundos, como dicen los

Santos, porque era obra de infinito valor, por ser de Dios infinito: y no se contentó con eso aquella bondad y misericordia infinita, sino que quiso dar por nosotros toda su sangre y su vida. El apóstol san Pablo le llama amor nimio: *Propter nimiam charitatem suam, qua dilexit nos*, ad Ephes. ii, v. 4, porque excede infinitamente este amor todo cuanto se puede decir y pensar. El profeta Zacarías, padre del glorioso Bautista, tratando de este beneficio, no se contentó con decir que salia de la misericordia de Dios, sino añadió que salia de las entrañas, y de lo mas íntimo y retirado de ellas: *Per viscera misericordiae Dei nostri: in quibus visitavit nos, oriens ex alto*.

Pues ¿quién no amará á quien tanto le amó? Y así dice el amado discípulo: *Nos ergo diligamus Deum, quoniam Deus prior dilexit nos*. I Joan. iv, v. 19. Hermanos míos, amémosle nosotros á él, pues que él nos amó primero á nosotros: correspondamos siquiera con el retorno, y procuremos mostrarle el amor de la manera que él nos le mostró á nosotros: él nos le mostró con obras, y con obras muy costosas, que es en lo que mas se descubre y echa de ver el amor; y así dice san Ambrosio, l. 2 sup. Luc.: *Plus igitur Domine Jesu injuriis tuis debeo, quod redemptus sum, quam operibus, quod creatus sum*: Mas os debo, Señor, por lo que hicisteis por mí en redimirme, que por lo que hicisteis en criarme: gran beneficio